

LA ÚLTIMA TRETA DE ANÍBAL

6º - 7º

Había una vez, en los años en que el mar Mediterráneo era un tablero de guerra y Roma tejía su imperio con sangre y leyes, un hombre al que los dioses habían dotado de un ingenio tan afilado como una espada. Se llamaba **Aníbaal Barca**, y su nombre, que en lengua púnica significaba "*el que goza del favor del dios cartaginés Baal*", había hecho temblar a la ciudad eterna durante dieciséis largos años.

Para entender quién era Aníbaal cuando llegó a Bitinia, hay que remontarse a su infancia. Nació en el año 247 a.C., en el seno de una de las familias más poderosas de Cartago. Su padre, Amílcar Barca, fue un general que luchó contra Roma en la Primera Guerra Púnica y que, derrotado, juró odio eterno a los romanos. Cuenta la historia que, cuando Anibaal era todavía un niño de nueve años, su padre lo llevó al altar de un templo y le hizo jurar ante los dioses que nunca sería amigo de Roma. Aníbaal cumplió aquel juramento con una devoción que aterrorizó a sus enemigos durante décadas.

La historia de Aníbaal es la de un hombre que cruzó los Alpes con elefantes, que arrasó ocho legiones romanas en Cannas en un solo día, y que estuvo a punto de poner de rodillas al imperio más poderoso del mundo. El historiador militar Theodore Ayrault Dodge lo llamó "*padre de la estrategia*", y su mayor enemigo, Roma, adaptó ciertos elementos de sus tácticas militares a su propio acervo estratégico.

Pero la vida de Aníbaal también es la historia de un hombre que, al final de sus días, se encontró solo, sin patria y sin ejército, vagando por Oriente como un espectro al que temían más por lo que pensaba que por lo que aún podía hacer.

Cartago, su amada ciudad, había sido derrotada. La batalla de Zama, en el año 202 a.C., había puesto fin a la Segunda Guerra Púnica. Allí, en las llanuras de Zama Regia, Aníbaal se había enfrentado por última vez a su gran rival, el joven Publio Cornelio Escipión, a quien Roma honraría con el sobrenombre de "*El Africano*". Fue una derrota que cambió el curso de la historia, y desde entonces, Roma no descansó hasta dar caza a su más temible enemigo.

Tras la guerra, Aníbaal ejerció como estadista en Cartago e intentó reformar el sistema de gobierno para evitar que su ciudad cayera en la guerra civil, pero su esfuerzo le costó la enemistad de la nobleza. Perseguido por sus propios conciudadanos, acusado de conspirar con el rey Antíoco III de Siria contra Roma, Aníbaal se vio obligado a huir. Comenzó entonces un largo exilio que le llevó a vagar por las cortes de Oriente, siempre con la sombra de los emisarios romanos pisándole los talones.

Fue así como Aníbaal llegó a **Bitinia**, un pequeño reino en la costa del mar Negro, lo que hoy es el noroeste de Turquía. Allí encontró refugio bajo la protección del rey **Prusias I**, un monarca que, aunque no era de los más poderosos, supo valorar la genialidad del anciano cartaginés.

Por aquellos años, el reino de Bitinia se encontraba en una situación delicada. Su vecino, el reino de **Pérgamo**, gobernado por el ambicioso **Eumenes II**, había crecido en poder y territorio gracias a su alianza con Roma. La guerra entre Pérgamo y Bitinia se extendió entre los años 190 y 184 a.C., y Prusias se encontraba en una situación desesperada: sus barcos estaban destrozados, su ejército era pequeño y Eumenes contaba con una flota poderosa y bien entrenada. Enfrente, la flota de Pérgamo avanzaba con la elegancia de los poderosos: disciplinada, arrogante, invencible.

Fue entonces cuando un anciano extranjero pidió audiencia en la corte de Prusias. Era un hombre de porte digno, con la mirada inteligente y una cicatriz en el rostro que le cruzaba la mejilla de lado a lado. Vestía una capa oscura y apoyaba su peso en un bastón de madera. No llevaba armas, no llevaba casi soldados, no llevaba nada más que su nombre y su fama.

—Soy *Aníbal Barca* —dijo, con una voz que aún conservaba el eco de los discursos militares—. *He oído que tienes un problema, rey Prusias.*

Prusias, que había oído hablar de las hazañas del cartaginés desde que era niño, se quedó mudo de asombro. Allí estaba, en su palacio, el hombre que había derrotado a los romanos en el lago Trasimeno, que los había aniquilado en Cannas, que había cruzado los Alpes con elefantes. El hombre que Roma había jurado cazar hasta el fin de los tiempos.

Pero antes de llegar a Bitinia, Aníbal había vivido un encuentro que marcaría su relación con Roma para siempre. En el año 193 a.C., mientras se encontraba en Éfeso como parte de la corte del rey seléucida Antíoco III, se produjo un encuentro que pasaría a la historia. Los romanos enviaron una embajada a la ciudad, y entre los delegados se encontraba el propio Publio Cornelio Escipión, el mismo que lo había derrotado en Zama.

Cuenta el historiador romano Cayo Acilio que Escipión mantuvo un encuentro informal con Aníbal en la ciudad. Los dos generales, antaño enemigos acérrimos, establecieron ciertos lazos de respeto y admiración mutua. Se dice que Escipión preguntó a Aníbal quién consideraba que era el mejor general de la historia.

—*Alejandro Magno* —respondió Aníbal sin dudar.

—*¿Y después?* —insistió Escipión.

—*Pirro de Epiro* —contestó Aníbal.

—*¿Y después?* —preguntó de nuevo Escipión, esperando que Aníbal se nombrara a sí mismo.

Aníbal, con una honestidad que lo caracterizaba, respondió:

"A mí mismo, si no me hubieras derrotado en Zama".

Escipión quedó impresionado por la humildad de su rival. Aunque eran enemigos, ambos se respetaban como soldados y como hombres. Aquel encuentro en Éfeso demostró que incluso entre los más feroces adversarios puede existir el reconocimiento del valor del otro.

Aníbaal inspeccionó los restos de la flota bitinia y comprendió de inmediato la magnitud del desastre. No había barcos, no había marineros entrenados, no había armas. Solo un puñado de barcasas de pesca que crujían al compás de las olas.

Cualquier otro habría aceptado la derrota de antemano. Pero Aníbaal no era cualquier otro. Vivía exiliado en un mundo que ya no lo temía, pero que todavía podía estremecerse ante una de sus ideas. Y entonces, como había hecho tantas veces antes, el genio cartaginés volvió a pensar en lo imposible.

Aníbaal sabía que la flota de Pérgamo era muy superior a la suya. Sus barcos eran más rápidos, sus soldados mejor entrenados y sus capitanes más experimentados. En una batalla naval convencional, no tenía ninguna posibilidad de vencer.

Pero Aníbaal había aprendido, a lo largo de décadas de guerra, que **el miedo** es un arma más poderosa que el acero. Y sabía algo que tal vez los soldados de Pérgamo ignoraban: que en las montañas de Bitinia abundaban las **serpientes venenosas**.

Entonces, el anciano general ordenó a sus hombres —campesinos más que soldados— que recorrieran campos, pantanos, grietas y cuevas. Que atraparan serpientes vivas. Que las guardaran en vasijas. No como alimento ni como veneno, sino como armas. No como símbolo de muerte, sino como **mensajeras del miedo**.

El plan era absurdo y secreto, tan extraño que ni sus propios aliados pudieron saberlo hasta el final. Los soldados bitinios, desconcertados, almacenaron cientos de ánforas en sus barcasas. Cuando preguntaban por qué, Aníbaal sonreía con misterio y les decía que esperaran. Que la batalla sería... entretenida.

Aníbaal también construyó catapultas de madera, toscas y rudimentarias, que los espías de Pérgamo vieron con desprecio. "*Catapultas de juguete*", se rieron los soldados de Eumenes.

"¿Qué pueden hacer con unas vasijas de barro?"

Ellos no sabían lo que Aníbaal estaba tramando. Pero pronto lo descubrirían.

Mientras los bitinios preparaban sus barcasas, los soldados de Pérgamo se burlaban de ellos desde la distancia. Eumenes, que se consideraba el rey más poderoso de Asia Menor, no podía imaginar que el viejo cartaginés le diera una lección de humildad en el mar.

—Aníbaal fue un gran general —dijo Eumenes a sus soldados, mientras brindaban con vino en la cubierta de su galera—. Pero ya está viejo. ¿Qué puede hacer con unas barcasas podridas y unas catapultas de juguete?

Los soldados de Pérgamo rieron. Ya se veían desayunando en el palacio de Prusias. Ya se repartían el botín de la conquista. Ya se imaginaban llevando a los bitinios encadenados a las minas de Pérgamo.

Pero en la otra orilla, Aníbaal seguía trabajando. Supervisaba las catapultas, revisaba las ánforas, daba ánimos a sus hombres. Era un hombre viejo, sí. Pero su mente seguía siendo la misma que había derrotado a los romanos una y otra vez.

Una noche, mientras los soldados descansaban, Aníbal se sentó en un barril y les contó una historia. Era su momento más vergonzoso, decía, y quería compartirlo con ellos.

—¿Saben cuál fue mi momento más vergonzoso? —preguntó Aníbal, con una sonrisa.

Los soldados negaron con la cabeza.

—Fue en los Alpes —continuó Aníbal—. Íbamos cruzando con los elefantes, y uno de ellos, el más grande, se asustó. ¿Saben de qué se asustó? De una marmota. Un bicho pequeño, una marmota. El elefante, que pesaba toneladas, huía de una marmotita.

Los soldados rieron. Aníbal sonrió.

—Yo tuve que perseguirlo durante horas —continuó—. Horas que se me hicieron años. Pero aprendí algo importante esa noche: el miedo no sabe de tamaños. Un gigante le teme a una marmota. ¿Y por qué no iba a temer un soldado de Pérgamo a una simple ánfora?

Los soldados se miraron unos a otros. Y entonces, entendieron el plan.

Llegó el día del combate. El cielo estaba gris, y el mar parecía contener la respiración. Las naves de Bitinia avanzaron sin gloria, impulsadas por la obstinación de un hombre contra la historia. Al otro lado, la flota de Pérgamo se desplegó en formación de batalla, segura de su victoria. Eumenes, desde su galera, se reía con sus oficiales. Pronto desayunarían en el palacio de Prusias, decía.

Cuando la distancia entre las flotas fue la adecuada, Aníbal dio la orden. Las catapultas se tensaron. Y entonces, en lugar de piedras o jabalinas, comenzaron a volar cientos de ánforas de barro.

Los soldados de Pérgamo se rieron al principio. *"¡Nos tiran cántaros!",* gritaban entre carcajadas. *"¡Qué extravagantes!"*

Pero las ánforas se rompían contra las cubiertas. Y de su interior no salía vino ni aceite. Salían serpientes. Decenas, cientos de serpientes venenosas, enfurecidas y hambrientas, que se deslizaban por las cubiertas, se enroscaban en los remos, mordían tobillos y reptaban por los mástiles.

El pánico se extendió como un incendio. Soldados formados en la disciplina huían como niños. La línea de batalla se rompía. La formación se deshacía. Los marineros saltaban al mar para escapar de las mordeduras. Incluso el propio rey Eumenes, que intentaba mantener la compostura, acabó saltando al agua cuando una serpiente se enredó en su pierna.

La flota de Pérgamo se desmoronó sin que los bitinios tuvieran que luchar. Aníbal había vencido. Con reptiles. Con astucia. Con la última chispa de una mente que nunca dejó de pelear, incluso cuando todo parecía perdido.

Los cronistas lo anotaron con cautela. Algunos lo llamaron "*táctica psicológica*". Otros, "*extravagancia final*". Pero no entendieron que, para Aníbal, la guerra siempre había sido un arte, y el ingenio, el arma más poderosa.

La victoria de Aníbal fue una sorpresa para todos y puso en peligro la posición de Eumenes II en la guerra. Sin embargo, Eumenes no se rindió. Pronto, el rey de Pérgamo envió una embajada a Roma para quejarse de la presencia de Aníbal en Bitinia. Roma, que nunca había olvidado a su más temible enemigo, reaccionó con rapidez. El Senado romano envió a Tito Quincio Flaminio, el mismo cónsul que había derrotado a Filipo V de Macedonia, para exigir a Prusias la entrega de Aníbal.

El ultimátum fue claro: "*Entrega a Aníbal, o Bitinia será arrasada*". Prusias, débil y temeroso de Roma, no tuvo más remedio que aceptar.

Cuando Aníbal supo que los romanos venían a buscarlo, que Prusias estaba a punto de traicionarlo, no mostró miedo. Llevaba años esperando ese momento. Desde el día en que, siendo niño, su padre Amílcar le hizo jurar odio eterno a Roma, Aníbal había sabido que su vida terminaría así.

En el invierno del año 183 a.C., en la fortaleza de Libyssa, cerca de la ciudad de Gebze en Bitinia, Aníbal se retiró a sus aposentos. Ante la llegada del embajador romano y los hombres armados, el anciano general, que tenía entonces unos sesenta y cuatro años, sacó una pequeña ampolla que había guardado durante años.

Era veneno. Lo había llevado siempre consigo, por si los romanos lograban atraparlo.

Se dice que, antes de beberlo, Aníbal pronunció estas palabras: "*Libremos a los romanos de una larga ansiedad, ya que les parece demasiado esperar la muerte de un viejo*". Y bebió.

Aníbal Barca murió aquel día, en el exilio, lejos de Cartago y del eco de Roma. Pero su leyenda no murió con él. Su nombre siguió resonando en los siglos venideros, y el historiador romano Cornelio Nepote, que no era precisamente un admirador de los enemigos de Roma, lo bautizó como "*el más grande de los generales*".

Roma nunca pudo olvidar a Aníbal. Y aunque su Imperio acabó dominando el mundo conocido, el nombre del cartaginés siguió siendo un recordatorio de que incluso el más poderoso de los imperios puede tambalearse ante la mente de un solo hombre.

El propio Escipión, su gran rival, le guardó siempre un respeto profundo. Se dice que, en los años posteriores a la guerra, Escipión defendió a Aníbal ante aquellos que lo acusaban de haber sido demasiado clemente con Cartago. "*Aníbal no es un enemigo vulgar*", se dice que dijo. "*Es un general que merece ser recordado como uno de los grandes*".

El legado de Aníbal trascendió su época. Sus tácticas militares, especialmente su uso de la envolvente en la batalla de Cannas, siguen siendo estudiadas en las academias militares de todo

el mundo. Arthur Wellesley, el duque de Wellington, lo consideró uno de los grandes estrategas de la historia. Y su vida ha sido objeto de numerosas películas y documentales.

Los bitinios, agradecidos por la victoria, guardaron las ánforas vacías como trofeos. Durante años, las mostraron a los viajeros y contaron la historia del anciano que había derrotado a una flota con serpientes.

Con el tiempo, la leyenda creció. Algunos decían que las serpientes eran mágicas. Otros, que Aníbaal había invocado a los dioses del inframundo para que lo ayudaran. Pero la verdad era más sencilla y, a la vez, más asombrosa: un hombre, con su ingenio, había hecho más que todo un ejército.

La historia de Aníbaal y las serpientes voladoras se convirtió en un símbolo de la astucia frente al poder abrumador. Como el propio Aníbaal solía decir:

"El mejor ejército es el que ya tienes". Y a veces, ese ejército está hecho de serpientes, de astucia y de la capacidad de ver lo que nadie más ve.

Tres siglos después de la muerte de Aníbaal, Roma era el imperio más poderoso del mundo. Pero en las aulas de los retóricos, los maestros todavía enseñaban sus estrategias. En las bibliotecas, los historiadores todavía discutían sus campañas. Y en las tabernas, los viejos soldados todavía brindaban por su nombre.

Porque algunos hombres son tan grandes que ni siquiera el tiempo puede borrarlos. Y Aníbaal Barca, el enemigo jurado de Roma, fue uno de ellos. Su astucia en el mar, su capacidad de convertir el miedo en arma, y su última batalla, ganada con serpientes y vasijas de barro, siguen siendo un recordatorio de que la guerra no la ganan siempre los más fuertes, sino los que saben pensar diferente.

Los cronistas romanos, que escribieron la historia oficial, nunca pudieron ocultar del todo la vergüenza de aquella derrota. Porque había sido una derrota sin sangre, sin honor, sin gloria. Una derrota de la inteligencia. Y eso, para los romanos, era lo más humillante de todo.

Pero Aníbaal, desde el exilio y desde la muerte, seguía riéndose. Porque sabía que, aunque Roma gobernara el mundo, nunca podría gobernar la imaginación de los hombres.

Como él mismo solía decir: *"El verdadero hombre no es el que vence con la espada, sino el que convence con la palabra".*

Y así, la historia de las ánforas y las serpientes siguió contándose de generación en generación, recordando a todos que, a veces, el ingenio es el arma más poderosa que existe.